

# Volver a encender la mecha

## Apuntes urgentes para la etapa que viene



**Clarisa Gambera**

Secretaria de Géneros y diversidad de ATE Nacional  
gamberaclarisa@hotmail.com

Escribir desde la derrota, sintiéndonos en los preparativos para una guerra que se avecina, planeando cómo nos reagrupamos para tejer la resistencia, redefiniendo las estrategias de sostén y cuidado. Conectándonos con nuestras memorias de organización en tiempos difíciles y tomando como legado la persistencia que aprendimos de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo.

### El balance en caliente

No alcanzó. Ni el espanto que nos unió, ni las medidas económicas tardías que trataron de mantener a flote un barco que se nos iba a pique. No logramos profundizar la remontada que marcó la reacción de las mujeres a la amenaza concreta sobre nuestros derechos en las elecciones generales previas al balotaje, ni la voluntad de miles de personas que revitalizaron, el último tramo de la campaña, desde abajo.

Con cuerpos cansados y suspendiendo nuestras propias frustraciones ante la reacción de alerta que provocó una derecha abiertamente negacionista, anti-Estado, pro-ajuste, anti-derechos que expresó, sin esconder nada, una ofensiva contra los feminismos y la clase obrera nos sumamos a la campaña muchas organizaciones feministas y los sindicatos casi en su totalidad.

En este clima, la derrota electoral fue demoledora en lo anímico y significó la constatación de que no alcanzó cerrar filas frente a la oleada fascista que había logrado articular una derecha competitiva con raigambre popular, alimentada por la bronca con un gobierno que no logró cambiar las cosas. La deuda con este pueblo es inmensa, con un contexto económico crítico, de alza de precios, de amenazas concretas de pérdida de puestos de trabajo, de generación de empleo informal, de un proceso novedoso de trabajadores ocupados pobres, de un país con más del 50% de los niños sumidos en la pobreza.

¿Cómo estamos? Estamos mal. La pregunta se replica en la familia, entre amigas, con compañeros de trabajo y militancia. También hay silencios, cuando es mejor no preguntar para no saber o evitar la respuesta que adivinamos en la cara del otro y que por estos días no hay forma de escuchar sin que rompa, aunque sea momentáneamente el vínculo.

Pasan los días y la alerta no cesa porque olemos el peligro. Casi por instinto nos juntamos, por instinto y por memoria histórica. Vienen por nosotros, es una ofensiva contra los feminismos y contra la clase obrera organizada. Poner en común caracterizaciones concretas del escenario, darle lugar al miedo para ponerlo afuera del cuerpo, recuperar nuestras experiencias de lucha para recuperar la iniciativa que será por este tiempo de resistencia y con la mayor unidad de la que seamos capaces, cuidándonos, esa es la tarea.

Durante la primera semana han definido como estrategia mantener la instalación del terror, generar provocaciones. Nos están inoculando miedo en este tiempo de transición e incertidumbre. Se pone en riesgo la propia supervivencia de compañeros y compañeras: recorte de puestos de trabajo en el sector público; liberalización de la economía y cierre de Pymes, puesta en dudas de pagos salariales y aguinaldos; liberalización de los contratos de alquiler, amenaza de hiperinflación.

Pero además de avanzar sobre la vida cotidiana de cientos de trabajadores y trabajadoras, las medidas que propone Milei nos interpelan como clase, cuando enuncia que “El plan motosierra es porque le vamos a pasar la motosierra al gasto público”, refiere específicamente a recortes en educación, salud, jubilaciones, planes y asistencia social. No hay forma material que el ajuste solo se realice sobre la “casta política” que dice atacar.

Esa instalación del miedo activa metáforas bélicas, establece territorios para *bombardear* y sujetos como enemigos, estructura (veremos con cuánta durabilidad) grupos, recalienta antagonismos aumentados por el fracaso del gobierno y el hastío (nunca dejó de existir el anti-peronismo en la Argentina pero estas ideas son más populares en tiempos de crisis profundas), alimenta las respuestas violentas y el pasaje al acto de la bronca. Milei llevó adelante una campaña en la que especificó que además de la “CASTA”, venía contra derechos conquistados por las luchas obreras y feministas, pero además se encargó de construir un otro, un enemigo dentro del propio pueblo: “*zurdos de mierda van a correr*”, “*Tienen miedo, los zurdos tienen miedo*”. La “CASTA” que tiene fronteras difusas porque habiendo logrado consolidar el sentido se busca ahora marcar como “CASTA” por ejemplo a trabajadores del sector público en una confusión intencional que se refuerza con la derrota de sentido, al menos momentánea, de que una enorme porción de la clase trabajadora asuma que los derechos laborales son privilegios y no deudas por las que luchar.

## Los feminismos y la coyuntura económica y política

La ofensiva contra los feminismos fue una constante en la campaña, pero es un fenómeno que podemos rastrear desde antes. Efectivamente, las mujeres y diversidades vimos nuestro papel menguar en los debates y en los cargos dirigenciales. Se estructuró desde los sectores de derecha un discurso conservador, donde volvieron a cuestionar derechos adquiridos, aún y paradójicamente, desde posturas que se dicen liberales.

Pero este ataque frontal y deliberado desde los sectores más tradicionales, encontró un eco en nuestras propias filas. Simone de Beauvoir nunca más actual anunciaba hace más de 60 años:

No olviden jamás que bastará una crisis política, económica o religiosa para que los derechos de las mujeres vuelvan a ser cuestionados. Estos derechos nunca se dan por adquiridos. Deberán permanecer vigilantes toda su vida.

Este ataque que vivimos no es casual, Argentina es un país donde la marea verde se expresó con fuerza y potencia, incluso materializando la lucha en un Ministerio de Mujeres Géneros y Diversidades. Elige a los feminismos, al movimiento obrero para pegarnos primero por nuestra fortaleza y no por nuestras debilidades. Están construyendo a “los orcos”, a los “otros” tal y como nos definió el ex presidente Mauricio Macri para confrontar con la “gente de bien” tal y como nombra el presidente electo a quienes lo apoyan.

Nos elige para golpearnos, porque anticipan el aporte que puede hacer el feminismo para fortalecer la resistencia y para dar la disputa de sentido generando agendas que desbordan lo organizado. Un movimiento capaz de construir transversalidad y respuesta en la calle.

Se pone en discusión la Ley de identidad de género que incluye la cobertura estatal de tratamientos de hormonización; la IVE adjudicando que desde la concepción se trata de sujetos libres condenando a personas gestantes a ser meras portantes de esa vida; se pone en discusión la Ley de Educación Sexual Integral, aun cuando hay pruebas sobradas de la detección de situaciones de Abuso sexual infantil que ha posibilitado; se niega públicamente la existencia de una brecha salarial entre varones y mujeres aun cuando la misma es reconocida por las instituciones más legitimadas del mundo.

Todos estos debates han logrado instalarse de manera capilar en un sector social. Los territorios están discursivamente en disputa, hay disputa en las escuelas, entre las familias, y esa discusión se da en términos violentos y maniqueos. Hay un retroceso para los feminismos y eso implica peores condiciones generales para luchar por más derechos y conquistar los ya consagrados. Pero estas disputas se dan en un contexto económico crítico de alza de precios, de amenazas concretas de pérdida de puestos de trabajo, de generación de empleo informal, de un proceso novedoso de trabajadores ocupados pobres, de un país con más del 50% de los niños sumidos en la pobreza.

Pero no todo es resultado de la coyuntura actual, inmediata. Esta reacción conservadora se viene gestando y es fundamental poner en valor la pandemia como marca social que no terminamos de dimensionar. Durante la pandemia advertimos que se ponían más intensos los ataques misóginos en redes, sentimos la hostilidad creciente que se expresó en diversos actos de vandalización de las baldosas que recuperan la memoria de compañerxs desaparecidos en la última dictadura militar en diversas escuelas, del mural que hicimos en la esquina de la CTA Capital con bandas negras sobre el cuerpo de las ilustraciones de mujeres y con stencils que decían *feminazi*; tuvimos también la irrupción de violentos en asambleas virtuales durante la pandemia generando situaciones muy desestabilizadoras hasta que fuimos aprendiendo las medidas de autocuidado virtual.

Incluso, cuando tuvimos el consenso de este lado, en vez de profundizar este proceso emancipatorio, aparecieron palos en la rueda. Asistimos a una situación en la cual mientras las derechas se radicalizan, desde nuestro lado aparecen posturas conservadoras, tibias. Por solo poner un ejemplo, el reclamo sobre la necesidad urgente de socializar el cuidado no llega, o llega tarde y mal. Esas tareas, encarnadas casi

exclusivamente en mujeres conforman una doble jornada que limita nuestras posibilidades de inserción laboral y genera mayor impacto sobre el salario que sirve cada vez para comprar menos.

A este retroceso, en la agenda de nuestras propias organizaciones se sumó que nuestros cuerpos y energías son finitos y mientras luchamos por sostener nuestras conquistas, construyendo la calle, el encuentro y la resistencia, seguimos teniendo que defender nuestra participación en los espacios de conducción gremial.

En la propia campaña se puso en cuestión nuestra participación, hubo dudas respecto del rol de los feminismos, porque éramos “piantavotos”, porque en la mirada que se va poniendo cada vez más tibia y conservadora, nuestras demandas aparecían como radicalizadas. Nos costó instalarnos incluso en el debate público, porque nos empezaron a correr de la escena.

Aun así, construimos la calle del 28<sup>1</sup> por el empeñamiento feminista. Nos agarramos fuerte incluso en la diversidad que durante los últimos años nos impidió compartir la calle porque tácitamente entendimos que nos necesitábamos, que teníamos una pulseada con las derechas y también un debate hacia adentro del campo popular.

¿Qué nos pasó? Volvemos a ensayar una lista que debería enriquecerse con otros balances para comenzar a andar este tiempo.

En primer lugar no se puede obviar la falta de respuestas a las demandas concretas de una sociedad sacudida por la inflación que fue licuando ingresos y produciendo un sector cada vez más amplio de personas pobres con trabajo. Este mercado laboral está marcado por la precariedad y la informalidad dejando a más de la mitad de quienes trabajan con pocos o ningún derecho laboral. Al mismo tiempo el pluriempleo se convierte en regla para quienes buscan llegar a fin de mes.

Este proceso se relaciona con un fuerte endeudamiento con el FMI y sus exigencias de ajuste. Exigencias que van recortando expectativas paritarias y debilitando políticas públicas vinculadas a la reproducción de trabajadores y trabajadoras y a sus estrategias de cuidado. En efecto, la crisis que cursamos tiene un capítulo particular sobre el cuidado y sus efectos sociales. Por un lado sobrecarga de trabajo para quienes cuidan (principalmente mujeres). Esto se expresa en la consolidación de la fragmentación del mercado de fuerza de trabajo que impacta negativamente en salarios, ascensos, puestos y empleos para las mujeres. Por otro lado y al mismo tiempo, impacta sobre los hogares generando mayores niveles de endeudamiento de las economías domésticas.

La sobrecarga laboral que se deposita principalmente en mujeres obstaculiza luego, sus posibilidades de participación política, sindical o comunitaria. Se conforma así, un sujeto social pobre de plata y pobre de tiempo.

A esto se suma que hace muy poco transitamos una pandemia mundial y que aún desconocemos sus impactos. La pandemia impuso un repliegue a lo doméstico, exacerbó el individualismo por sobre lo comunitario. El encierro para algunas fue una forma de cuidado que acrecentó el aislamiento, y para otras el descuido y abandono estatal de territorios enteros que tuvieron que gestionar sus cuidados comunitarios y/o ser la primera línea sin el reconocimiento necesario.

---

<sup>1</sup> El 28S refiere a las acciones y movilizaciones llevadas adelante el 28 de septiembre por el Día de acción global por el aborto legal, seguro y gratuito.

Sobre toda la situación descripta se consolidó un enfriamiento de nuestras agendas emancipatorias en general y de la agenda feminista en particular. Quedamos atrapadas en una caracterización que planteó, como primera reacción, que las feministas éramos pianta-votos. A esto se sumó la trampa de enfriar la calle para no hacerle el juego a la derecha.

El crecimiento paulatino y sostenido de discursos de odio, amplificadas por las redes como respuesta violenta ante el avance de los feminismos comenzó a articularse con la construcción de otredades, chivos expiatorios para depositar el hastío y la frustración.

De nuestro lado, nos costó despabilar, dejar de evocar nuestras propias narrativas nostálgicas que nos van autoconvenciendo de cómo deberían ser las cosas pero que nos impiden ver cómo son en realidad. La patria no fue el otro, menos las otra y les otros. Tenemos que defender el Estado porque no tenemos dudas pero asumiendo que nos tocará volver a establecer diálogos más honestos con la sociedad respecto de qué Estado necesitamos y para qué, reconociendo la desigualdad con que se viene expresando el Estado en diversos territorios.

A 40 años de democracia, tenemos una democracia devaluada porque no pudo garantizar mejores condiciones para el conjunto de la población con acuerdos básicos que se fueron erosionando respecto del rol del Estado para regular y garantizar derechos y el consenso sobre los DDHH. Expresión de esto es el triunfo de ¿una derecha popular? una fuerza de derecha que dice que viene por nuestros derechos y llega al poder de manera democrática.

## Acá nadie suelta la mano de nadie

Estamos frente a una derecha popular que presenta como alternativa un neoliberalismo conservador basado en una figura mesiánica y anacrónica en sus planteos de proyecto económico. Esa derecha ganó democráticamente y se hace fuerte entre quienes ya perdieron derechos. El futuro inmediato es incierto, desfilan por los medios posibles responsables de ministerios, aparecen los años noventa como horizonte desempolvando viejas recetas, salen del sótano personajes que ya hemos visto en el gobierno de Macri, un proyecto fantasma de liberalismo a ultranza que no existe en el mundo. Incluso es posible que ocupe el Ministerio de economía quien fuera responsable del mayor endeudamiento de la Argentina, con un crédito con el FMI que nos hipotecó la vida, del que no quedó nada acá porque lo fugaron, aprovechando el Estado sin control.

El proyecto Milei-Macri propone, además de un odio profundo, una política de transferencia estructural de recursos, es por eso que vuelven a aparecer en el centro de la escena privatizaciones de empresas estatales aun siendo superavitarias. Este proyecto pone en juego la soberanía futura del país y la sostenibilidad energética ocupa un papel central.

Es un liderazgo que invita a la población a salir a la calle y a disputarse cuerpo a cuerpo con el otro “Los jóvenes no se van a quedar en casa y los orcos van a tener que medir muy bien cuando quieran hacer desmanes en la calle”, preparando la confrontación abierta.

Estamos frente a un panorama complejo, que plantea un escenario de confrontación muy alta, que seguramente implique una estrategia de judicialización de las organizaciones sociales y de política represiva que ya se inició incipientemente como

laboratorio en algunas provincias de Argentina. Parte de nuestra estrategia tiene que tener esto en mente y construir además mecanismos de autocuidado respecto de cómo vamos a salir a la calle. Porque respuesta popular va a haber, pasado mañana o dentro de seis meses. Esta situación va a ser todo lo de derecha que la correlación de fuerzas se lo permita y el movimiento obrero en la Argentina es potente, incluso en un esquema donde el mercado laboral dice que la mitad de los trabajadores y las trabajadoras están por fuera de la formalidad. Pero incluso, hasta ese sector informal, entre comillas, empezó a tener también su formato organizativo, vinculado a la tradición del movimiento obrero.

Aún, no sabemos medir cuánto de esta proyección que asusta puede pasar, sabemos que transitaremos la derrota y luego dependerá de cómo nos organicemos. La aceleración de la crisis que se avecina y las resistencias de las organizaciones del campo popular van a ir reconfigurando el mapa político. Nuestra responsabilidad será trabajar para evitar la fragmentación, retomar nuestra agenda buscando acuerdos, crear nuevas gremialidades y hacernos fuertes y creativos en la resistencia. Estamos frente a un momento inédito, necesitamos prepararnos para volver a encender la mecha.